Periodo: 3	**Semana:** 5 y 6	**Fecha de entrega:** 13 de agosto 2021	
Docente: Karen Marcela García Otálora		**Correo:** karenmarcela.garcia@virtual.edu.co	**Asignatura:** Filosofía
Grado: 11ª	**Estudiante:**		

TEMAS	-Fin de la modernidad
COMPETENCIA	Analiza el concepto de nihilismo lo relaciona con el contexto actual y de su propia vida.
PORCENTAJES DE NOTAS	**1.** 65% Talleres y tareas en google classroom **2.** 15% Actitudinal, asistencia a clases virtuales **3.** 15% Prueba de periodo **4.** 5% Autoevaluación
CÓDIGOS CLASSROOM	**11ª1** irbz3za **11ª2** jfhntkm
ENLACE DE CLASE	**MIÉRCOLES 8 am** https://meet.google.com/qfa-dxbd-okv?authuser=3&hs=179

Taller

1. Leer el siguiente artículo:
   LA MEMORIA PERDIDA DE LAS COSAS (CRÍTICA A LA MODERNIDAD)

   Quiero comenzar preguntando si nuestro mundo ya no es "moderno". Desde Lyotard mucho se ha escrito acerca del fin de la modernidad. Sé que éste es un problema arduo poco esclarecido y más bien mal comprendido. Se ha escrito mucho en torno a este problema, y siempre resultan ser estudios parciales, con recortes aquí y allá, con descuidos en algunos puntos, omisiones e inadvertencias en otros. Indefectiblemente en un artículo como éste se corre el riesgo de simplificar y esto me parece inevitable. Me disculpo de antemano, éste es un esfuerzo más, entre muchos otros, de dilucidar qué y cómo y por qué en nuestro rostro se ha escrito esa geografía que inaugura y da sentido a nuestro destino y que lleva el nombre de Modernidad. Quizá tenía razón Weber al señalar que la Modernidad era el tiempo del desencantamiento del mundo quizá porque ella significó el desgarramiento de la organización del tiempo y la ruptura con la tradición con lo que se organizaba nuestro tiempo y nuestro espacio de otra manera. Hoy, creemos que estamos en el dintel de su agonía y muchos celebran este fin y acarician esa cosa extraña llamada posmodernidad. Me parece que ésta no es otra cosa que una moda. Una moda que impide pensar el auténtico problema: la modernidad. Porque ¿qué ha sido de eso que hoy llamamos "El proyecto de la modernidad"?

   Ésta es una pregunta de índole mayor. No sólo es difícil definir lo que significa, sino también datar sus orígenes. Pensemos sólo que dentro de un contexto la modernidad es una forma de concebir el mundo, de establecer estrategias de posicionamiento, de comprensión y de transformación en cada época. En este caso particular, a la modernidad que nos referimos es, más que nada, una condición ideológica, la expresión de una manera específica de ver y comprender los hechos en el tiempo como continuidad y también como ruptura. En este sentido podemos señalar que "el periodo moderno estaba construido por la idea de ruptura"1. Es cierto que hoy estamos de cara ante el desencanto de ese proyecto, de sus promesas y de sus sueños.

A ese desencanto hoy se le llama posmodernidad a falta de otro nombre con mayor imaginación. Todos sabemos que el proyecto moderno alcanzó su apogeo con la ilustración en el siglo XVIII. Sus esfuerzos se concentraron en desarrollar una ciencia objetiva, leyes universales y morales. Los pensadores de la Ilustración tenían la expectativa de que las artes y las ciencias no sólo promoverían el control de las fuerzas naturales. Sino también la comprensión del mundo. El desarrollo del progreso económico y moral. La justicia de las instituciones y la felicidad de los seres humanos. La idea fundamental fue la de "progreso". Desde entonces, la modernidad ha recibido varias denominaciones: Edad de la razón o de la ciencia; de la burguesía; de la industria; del capital, pero fundamentalmente la "Época de las Revoluciones".

La revolución, su metáfora y su mito han colonizado espacios. La misma noción que utilizarían todos los modernos es ya un indicativo: Revolución, con el que trataban de indicar que el cambio era radical, que había una ruptura entre el pasado y el presente. Revoluciones del pensamiento y del método, de la ciencia y de la técnica; revoluciones políticas y sociales, revolución industrial, revolución burguesa, revolución proletaria, hasta una "revolución conservadora" hemos tenido. Cada una de ellas ha contribuido al "progreso" de la humanidad o han acelerado la marcha de la historia. Se han traducido en evolución y desarrollo, o han abierto nuevos caminos a la libertad, a la justicia, a la emancipación y a la felicidad. Incluso, la última revolución —la biogenética— promete la vida perdurable aunque no eterna.

Bacon así lo vio y Descartes reforzó esa idea. Pero ¿desde qué altura del pensamiento podrían dominarse las cumbres de la filosofía moderna? Con esta pregunta sospechamos que la modernidad es algo más. La modernidad es revolución. La concepción de lo que podemos entender como moderno es una argumento de temporalidad; lo Neuzeit o le moderne es algo nuevo, diferente, una suerte de hiato con respecto a lo que le precedió y marca una ruptura, un impasse con el pasado. Lo "moderno" como tal surge independientemente de un momento especial, de un instante particular o de una época concreta. Se trata de una estrategia ideológica que está unida al surgimiento de la llamada sociedad civil, una sociedad que determina el derrotero económico y sustancial del mundo contemporáneo y, además, de la creación de un régimen democrático como grafía preponderante de gobierno.

La modernidad es una construcción creada por el tipo de mentalidad que dio a luz a los conceptos de evolución, desarrollo, progreso y, como hemos apuntado reiteradamente: revolución. Todo esto se debe, entre otras muchas cosas, a nuestra fe en una racionalidad fundamental del mundo y la racionalidad de sus cambios. A diferencia de muchas de las culturas, nuestro mundo busca el cambio permanente con el fin de ser un mejor lugar donde vivir.

La modernidad asimismo significa el proceso de aceptar y adoptar elementos de otras culturas. Sin duda, el preámbulo de la modernidad fue una revolución: la copernicana. De revolutionibus orbium coelestium (1543) es el auténtico prólogo astronómico a una obra, la modernidad, cuyo epílogo tal vez se esté escribiendo en estos tiempos aunque esto no quiere decir que terminará. Esa fecha liminar entre renacimiento y barroco, fecha acosada por la Reforma y la Contrarreforma no sospecha el potencial crítico de aquella otra preliminar. Y esto se plantea con carácter problemático en la medida en que es problemático el porvenir de la filosofía. Los modernos consideraron el porvenir como la perspectiva de unas posibilidades de desenvolvimiento. Y esto es lo que incita la reflexión sobre el problema de la génesis. ¿Dónde ubicar esos indicios? Los indicios están en el inicio de la filosofía moderna. Y ésta no se produjo en Descartes, sino en Bacon. El corte con la época anterior se había concebido como una innovación metodológica. En esto también Bacon es anterior a Descartes. El problema es si la modernidad era una nueva proyección de la

filosofía. A los cambios en la vida del hombre se les venían a añadir cambios en la filosofía. ¿De qué manera combinaría esa proyección con el nuevo proyecto de vida del hombre moderno?2

La filosofía moderna se caracteriza por un giro metodológico, por la matematización del mundo, por la fijación de límites, la invención del sujeto y por el dominio del logocentrismo, entre otras cosas. Pero no solo. El cambio también es vocacional y esto hay que reiterarlo: hay un cambio vocacional. Es ahí donde comienza a manifestarse lo que se llama el espíritu de la modernidad: Un cambio en la disposición humana frente al ser y el conocer. Hay que advertir que lo que cambia, después del renacimiento, es el tenor de la vida de los hombres. El hombre moderno quiere superar los significados vitales del renacimiento, los del medioevo y los del mundo griego. Bacon concuerda con ese tenor de la vida. Con lo que no concuerda es con la vida moderna porque él es quien la inaugura. La vida nueva que empieza en el mundo sin reflexión, aparece en él programada. El inicio de la modernidad y la nueva orientación de la filosofía coinciden en un mismo momento y en un mismo pensador. Más que una reforma lo que se inicia con Bacon no es una revolución sino una deformación. Lo más grave de este proceso es el cambio de orientación vital que sufre la filosofía. La alteración en el sentido vocacional es el punto crucial de este proyecto. Porque no es el corte teórico o metodológico sino el corte vocacional. La modernidad correspondería a la vocación traicionada. La disposición de dominio sobre el ser. Veamos.

Este cambio tuvo que ver con hechos sumamente notables: Es a partir del siglo XVI cuando con el proceso de secularización del mundo arranca una nueva visión del hombre. Porque lo que tenemos es otra idea de hombre, otro hombre, un sujeto de conocimiento que domina. Lo que está naciendo es el "Proyecto de la Modernidad". Éste es la valoración del mundo como una realidad autónoma, sin la necesaria referencia a una Providencia que gobierna los destinos de la humanidad y del orden de la naturaleza. El modelo presenta cuatro características: Una evolución perceptible, desde finales de la Edad Media, a la construcción del sujeto personal, que se afirma como la realidad. Las sociedades llegan a ser más técnicas que científicas, por ello la modernidad escoge al técnico como figura emblemática; la técnica es el motor de esta evolución.3 De la gran querella surgida en los albores del Renacimiento entre los antiguos y los modernos se resuelve con el total triunfo de los segundos.

El hombre habría entrado en un periodo nuevo (llamado "moderno" precisamente por eso) en el cual la enseñanza de los antiguos perdería toda pertinencia. Asistimos a un eclipsamiento de la cultura general llamada clásica. Los grandes maestros y los textos–fuertes, largo tiempo juzgados fundadores de nuestra cultura, se hunden ahora en la noche del olvido. La modernidad se caracteriza por la secularización.4 Por un lado reivindica las autonomías de las mentalidades y los modos de vida de toda referencia religiosa o metafísica. Por el otro, afirma la voluntad del hombre de no extraer más que de sí mismo las orientaciones y normas morales juzgadas convenientes. El tunecino Ali Mezghani la define así: "Del tema de Dios, subordinado a la fe, es necesario pasar al tema del derecho, subordinado a la ley humana".5 Bajo esta perspectiva, cuando el mundo opera bajo el esquema del gobierno divino, el orden creado por Dios debía ser tan perfecto como su creador. El Libro de la Creación y el de las Escrituras se acercan tanto que pareciera que sólo hay uno: la Escritura de las cosas. De tal modo que la creación no necesitaba de su intervención constante. Si no necesitaba de su intervención el proceso de secularización se hacía más agudo. La misma idea de Providencia, entendida como el gobierno de Dios sobre lo creado, ahora se pensaba como las "leyes de la naturaleza" y de la historia. De hecho, con este proceso no se negaba a Dios sino sólo se hacía superfluo para el funcionamiento del cosmos. Esta nueva conciencia reflexiva del mundo permitió romper con prácticas sociales y posibilitó así el desanclaje.